El Plan Morgana

Roberto Kruger González

nowtilus

Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: *El plan Morgana*
Autor: © Roberto Kruger González

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3o C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-369-1
Fecha de publicación: Septiembre 2012

Impreso en España
Imprime:
Depósito legal: M-26728-2012

A ti, que haces todo perfecto.
A ti, que siempre me sonríes.
A ti, que me amas.

ÍNDICE

Capítulo 1. 15
Capítulo 2. 19
Capítulo 3. 27
Capítulo 4. 31
Capítulo 5. 47
Capítulo 6. 53
Capítulo 7. 59
Capítulo 8. 63
Capítulo 9. 71
Capítulo 10. 75
Capítulo 11. 83
Capítulo 12. 87
Capítulo 13. 91
Capítulo 14. 93
Capítulo 15. 99
Capítulo 16. 103
Capítulo 17. 107
Capítulo 18. 111
Capítulo 19. 115

Capítulo 20. 119
Capítulo 21. 125
Capítulo 22. 129
Capítulo 23. 133
Capítulo 24. 137
Capítulo 25. 143
Capítulo 26. 149
Capítulo 27. 155
Capítulo 28. 161
Capítulo 29. 165
Capítulo 30. 169
Capítulo 31. 175
Capítulo 32. 181
Capítulo 33. 191
Capítulo 34. 193
Capítulo 35. 199
Capítulo 36. 201
Capítulo 37. 207
Capítulo 38. 209
Capítulo 39. 211
Capítulo 40. 215
Capítulo 41. 223
Capítulo 42. 225
Capítulo 43. 229
Capítulo 44. 231
Capítulo 45. 235

Capítulo 46. 239
Capítulo 47. 243
Capítulo 48. 245
Capítulo 49. 251
Capítulo 50. 255
Capítulo 51. 267
Capítulo 52. 273
Capítulo 53. 277
Capítulo 54. 287
Capítulo 55. 291
Capítulo 56. 295
Capítulo 57. 297
Capítulo 58. 301
Capítulo 59. 309
Capítulo 60. 317
Capítulo 61. 321
Capítulo 62. 325
Capítulo 63. 327
Capítulo 64. 329
Capítulo 65. 335
Capítulo 66. 339
Capítulo 67. 345
Capítulo 68. 349
Capítulo 69. 353
Capítulo 70. 357
Capítulo 71. 363

Capítulo 72. 369
Capítulo 73. 371
Capítulo 74. 375
Capítulo 75. 379
Capítulo 76. 383
Capítulo 77. 385
Capítulo 78. 387
Capítulo 79. 391
Capítulo 80. 393
Epílogo.....395


Trinidad y Tobago
Venezuela
Guyana
Guayana Francesa
Colombia
Surinam
Ecuador
Perú
Brasil
Lima
La Paz
Bolivia
Arica
Iquique
Cobija
Antofagasta
Paraguay
Océano Pacífico Sur
Atacama
Argentina
Santiago de Chile
Linares
Parral
Buenos Aires
Uruguay
Océano Atlántico Sur
Campo de Hielo Sur
Puerto Natales
Islas Malvinas
Canal de Beagle
Isla Lennox
Isla Nueva
Isla Picton

Capítulo 1

Antes de apagar el ordenador, oyó un ruido. Ligeramente volvió la cara, esforzándose por descubrir en la oscuridad de la oficina la gruesa figura del guardia que acostumbraba revisar las dependencias de la Embajada cinco minutos antes de la medianoche, pero no había nadie en el umbral. La puerta estaba entreabierta como la había dejado la última vez que regresó del baño. Luego de leer el correo electrónico, palideció y caminó humedeciendo sus labios, hasta que tuvo que tragar saliva. Movió su brazo derecho por la frente sudorosa, recogió la valija diplomática y dio unos pasos hacia la entrada evitando recordar el mensaje que estremecía su pecho.

Un golpe en el pasillo lo paralizó.

—¿Señor Torrejón? —dijo el embajador de Perú sosteniendo con fuerza el maletín—: ¿Señor Torrejón? He terminado mi trabajo por hoy. Me retiro.

—Buenas noches, señor embajador.

El diplomático salió de su despacho, se aflojó la corbata y se acomodó los anteojos para atravesar el pasadizo que él había dejado sin luz. Dio un paso tras cerrar la puerta, se detuvo súbitamente cuando divisó una figura con el rostro cubierto que se desplazó en la espesura y respiró profundo tratando de regresar.

—¿Señor Torrejón?

La silueta disparó tres veces a quemarropa y se quedó quieta contemplando la caída del político y sus gritos agónicos.

—Señor Torrejón —titubeó—. ¡Ayuda!

El hombre guardó el arma en el bolsillo del pantalón y caminó hacia la puerta principal. Sus pasos dibujaban una sinuosa huída y se detenían frente a cada oficina para comprobar una vez más que había burlado la seguridad. Abrió el acceso a la Embajada y volvió el semblante convenciéndose de que había realizado el trabajo.

Luego, desapareció.

El embajador de Perú soltó el maletín y se tocó el vientre con ambas manos. Sentía cómo la viscosidad de la sangre escurría dejando huellas sobre el piso mientras su respiración disminuía. A pesar de eso, se volteó, rasguñó el suelo y pidió ayuda en un hilo de voz. No tuvo respuesta. La ausencia del guardia estaba inquietándolo. Lentamente, apoyó los antebrazos en las baldosas y comenzó a arrastrarse mirando fijamente la entrada principal iluminada por las luces de la Avenida Andrés Bello. Tenía las piernas dormidas, el pecho apretado y las mejillas abultadas. Suspiró sin dejar caer la cabeza, apretó los dientes y soportó los calambres. Su estómago estaba destrozado, y junto con él todos los proyectos que tenía en su vida personal. Estaba cerca. Sólo en ese momento entendió lo que había sucedido. El guardia estaba a los pies de la puerta y tenía el rostro desfigurado por el disparo que recibió en la nariz. Había sido azotado contra la pared porque las pinturas que ornamentaban la sala estaban en el suelo con los bordes teñidos de sangre aún fresca.

El diplomático peruano sacudió la cabeza y abrió la boca al ver al vigilante en ese estado. Apenas tenía fuerzas para mantenerse erguido. Aun así, lo alcanzó y le puso la mano sobre el cuello, pero se percató de que la piel estaba fría. No había tiempo para lamentos, la salida estaba a unos metros y sólo ahí podría encontrar la salvación. Hizo el último esfuerzo, se apoyó en la mampara dejando huellas de sus manos ensangrentadas y atravesó percatándose de que la reja estaba abierta. Al dar un paso más, sus piernas se doblaron y cayó de costado. Un grito en medio de la soledad de la noche anunció que su brazo se había fracturado. Permaneció inmóvil por unos instantes, vio que su vehículo

estaba intacto y se arrastró hacia él. De inmediato, se activó la alarma, lo que provocó que algunas casas encendieran las luces.

Estaba cerrando los ojos, sus mejillas permanecían pálidas y heladas y sus dedos tiesos. Vació la respiración lentamente, negó con la cabeza, gruñó dándose el último impulso con las manos y avanzó hacia la vereda de la costanera. Cada instante era un descuento en su vida, sentía la fatiga en sus músculos y la incertidumbre de lo que estaba sucediendo.

Cruzó la puerta de la reja y agradeció estar en territorio chileno. El barrio estaba desierto. Debía pedir auxilio, pero su voz no tenía potencia. Su garganta se estremeció, sus manos se sosegaron sobre el vientre y su boca quedó abierta.

—Blanca… —titubeó—, Blanca…

Se llevó la mano derecha al pecho y movió los dedos insistentemente, pero no encontraba lo que deseaba. Tragó un poco de saliva, se mordió los labios y arrugó los párpados. Su mano estaba quieta sobre la cartera de la camisa, hurgó en el interior y extrajo un objeto que rápidamente guardó en el puño. Abrió los ojos esperanzado en hallar ayuda a un costado de la calle, sin embargo, estuvo solo los siguientes diez minutos, los últimos de su vida como diplomático.

Capítulo 2

Antes de salir del baño, se miró por tercera vez en el espejo. La última corrección a su cabellera negra la hizo sólo para comprobar la diferencia entre la mujer que abandonó el país y la nueva Sandra Calderón que regresó con aires europeos. Sonreía, fruncía el ceño y se alistaba para dejar el cuarto, pero se detenía y aproximaba el rostro al cristal para verificar que el maquillaje estuviera perfecto. En eso estaba cuando su celular vibró en el bolsillo del pantalón azul marino. Dudó en responder, pero lo recogió y aceptó la llamada con un rictus de disgusto. Sólo llevaba media hora de retorno al trabajo y la rutina la estaba acosando. Contestó con un gemido, cortó y salió sin importarle que todos cuestionaran el arrebatado portazo que entregó. A pasos ágiles cruzó el pasillo central de la oficina, atropelló a todos los que estaban en su camino, aseguró su credencial de identificación en el borde del cinturón y entró en el último cubículo del piso mostrando una fingida sonrisa.

—¿Sí? —Se cruzó de brazos—: ¿Por qué yo?

—Porque tú acabas de llegar. —El abogado que dirigía la oficina se levantó de su asiento.

—Me fui de vacaciones para olvidarme de todo. —Sandra Calderón evitó la mirada—. ¿Quiere que me vuelva loca?

—No. —Le ofreció una carpeta que estaba sobre el escritorio— . Quiero que asumas este caso.

La mujer contempló el dócil comportamiento de su jefe, quien permanecía con la mano estirada sosteniendo los documentos. Ella se volteó y le dio como respuesta el acostumbrado silencio que evidenciaba su enfado.

—Creo que te gustará —dijo el director de la ANI—. Tómalo, no te arrepentirás.

—¿Cómo lo sabe? —la agente miró de soslayo—: ¿Es otro caso de anarquistas?

El jefe de la Agencia Nacional de Inteligencia, que algunos conocían como la ANI, contuvo el aliento, agitó el portafolio y observó a Sandra Calderón hasta que le arrebató el archivador con un movimiento.

—Un muerto —susurró hojeando los informes—. Un muerto.

—No es cualquier muerto —el director enarcó las cejas—. Es un diplomático.

—¿Sí? —se extrañó.

—El embajador de Perú en Chile —confesó mientras aflojaba el nudo de la corbata—. ¿Te das cuenta lo que significa?

La agente Calderón se encogió de hombros y escrutó los papeles de la carpeta.

—¿Pudo ser un accidente?

—El Gobierno de Perú dijo que fue un atentado —contestó—. Está culpando al Gobierno de Chile.

—¿Por qué? —La mujer recogió un lápiz del escritorio y anotó en el reverso de la primera hoja—. ¿Un atentado de Chile contra la Embajada de Perú? Es una acusación muy grave.

—Dicen que La Moneda está anticipándose al fallo de La Haya. —El encargado de la ANI se paseó manteniendo el rostro a media altura.

La agente Calderón suspiró y retocó su melena. Siempre lo hacía cuando necesitaba tiempo para pensar. Mantuvo la compostura ante la confusa mirada de su superior, cerró el archivador y lanzó el lápiz sobre el escritorio para luego dirigirse a la salida con los ojos clavados en la puerta.

—Lo atraparé —se volteó.

—No, Sandra —dijo el jefe de la oficina, acercándose—. Investiga qué ocurrió, pero no actúes.

—¡Lo atraparé! —asintió la agente asegurando su arma—. Resolveré este caso.

—No somos policías, somos analistas —dijo el superior, adusto—. Somos Inteligencia política. Recuérdalo. Cuando tengamos todos los antecedentes, entregaremos los informes…

—Nos vemos.

La mujer se marchó esperando que el abogado le hiciera una propuesta, mas sólo obtuvo silencio. Atravesó el pasillo central observando a sus compañeros, pero parecía que nadie la reconocía. Se detuvo casi al llegar a la salida, dejó la carpeta debajo del brazo izquierdo y se quitó la credencial de identificación ostentando parquedad. Luego, abrió la puerta sin hacer ruido, se mordió los labios y vio de reojo. Definitivamente, nadie la recordaba. Prefirió ignorarlos. Dio un paso adelante, meditabunda, y se despidió con un portazo.

Quería comenzar a trabajar.

En el acceso principal del Servicio Médico Legal, conocido popularmente como SML, cientos de periodistas estaban agolpados a las nueve de la mañana transmitiendo en directo los acontecimientos mientras las Fuerzas Especiales de Carabineros trataban de contener la gran cantidad de curiosos que llegaron a la Avenida La Paz. Era imposible. A metros de la entrada al estacionamiento estaban los residentes peruanos exigiendo justicia y solución diplomática para la noticia que había estremecido la jornada. Sin embargo, no había respuesta para sus peticiones, por lo que optaron por encarar a los ciudadanos chilenos. En un instante, la calle que conducía al Cementerio General se convirtió en un campo de batalla que obligó al uso de furgones antidisturbios y a la detención de decenas de manifestantes.

Después de media hora, hubo tranquilidad en la puerta del SML.

Sandra Calderón decidió estacionar la camioneta Ford Ranger amarilla a dos cuadras del edificio. Había intuido lo que encontraría, por eso esperó apoyada en el manubrio y revisó los documentos. Era el análisis de la autopsia del embajador de Perú. Tras cada

línea que repasaba, negaba con la cabeza y jugaba con los dedos recreando los hechos. El forense había encontrado las tres balas en el cuerpo, había descrito la trayectoria y el tipo de arma que había sido usada, había determinado que el ataque fue a menos de un metro de distancia y que la data de muerte estaba situada a la medianoche. No obstante, no se convencía. Bajó la carpeta y bostezó. Antes de descender de la camioneta, se maquilló frente al espejo retrovisor, disimuló una sonrisa y susurró la promesa que había dicho en la oficina de su jefe. Tarde o temprano, encontraría al culpable. Era un desafío personal que estaba asumiendo.

Caminó con las manos en los bolsillos del pantalón azul marino que había comprado en el viaje a Estocolmo. El pavimento estaba mojado después de la actuación de las Fuerzas Especiales, los pocos periodistas que habían sobrevivido al combate permanecían expectantes y la policía civil se había preocupado de resguardar el perímetro del Servicio Médico Legal.

—No me haga preguntas —sentenció mostrando su credencial de identificación al portero del edificio—. Quiero hablar con el forense.

—Está en su oficina —respondió el portero enarcando las cejas.

La agente avanzó analizando las variables que había formulado. De vez en cuando, revisaba los escritos para cerciorarse de los datos, hacía garabatos en las páginas en blanco y silbaba *Somebody dance with me* de DJ Bobo, que le recordaba su juventud. Sus pasos eran cansinos, sentía que la vida se cortaba sobre su piel, acariciaba el miedo en cada respiro y evitaba las conjeturas para lograr objetividad. Aun así, tenía ideas que no la dejaban tranquila.

Se detuvo frente a la oficina, llamó sutilmente y esperó sosteniendo la carpeta. Mientras tanto, observó el largo pasillo de baldosas enceradas que reflejaba su figura con la ayuda de los rayos del sol que entraban por las ventanas laterales. Era la segunda vez que estaba en el Servicio Médico Legal a pesar de que había prometido no volver. Prefería no recordarlo. Se aflojó los botones de las mangas de la blusa y llamó a la puerta con más fuerza. Enseguida, cuando estuvo dispuesta a girar la manilla, apareció la tosca figura de un hombre delgado, moreno, calvo y de lentes a media

altura que vestía un delantal manchado. Se miraron extrañados por sus presencias. Él vaciló e intentó cerrar, pero ella se adentró en el despacho sin importarle que la considerara imprudente.

—¿Sí? —dijo el hombre alzando los hombros.

—¿Forense Mendoza? —dijo la mujer tras entornar la puerta—. Necesito hacerle unas preguntas.

—¿Quién las hará? —tartamudeó el médico.

—Soy la agente Calderón de la ANI —mostró la credencial—. ¿Dónde están las evidencias del embajador asesinado?

—Están en el informe —sonrió, nervioso.

—No es suficiente —respondió clavando su mirada en el semblante—. Quiero ver el cuerpo.

El forense Mendoza se refugió tras el escritorio, recogió un archivador y lo leyó evitando los interrogantes de la visita, pero sus manos torpes arrugaban las hojas y sus ojos inquietos buscaban la cara de la mujer.

—Lléveme a la morgue. Quiero revisar el cuerpo.

—Usted no está preparada para examinar cadáveres —balbució el médico—. El informe es el resultado.

—Se está equivocando conmigo —golpeó el escritorio con un puño—. Soy licenciada en Historia, magíster en Ciencias Políticas y doctora en Criminología. ¿Tiene alguna duda, señor Mendoza? Si no me muestra el cadáver, lo acusaré de obstrucción a una investigación de seguridad gubernamental.

Se miraron en silencio. La puerta de la oficina quedó abierta tras los pasos agitados del médico forense, quien evitaba volver el rostro ante las preguntas de la analista. No había nada peculiar en un hombre calvo y delgado, solamente un poco de histeria después de desafiar a una autoridad del Estado. El hermetismo que cargaba lo disfrazó con el delantal, la cofia y la mascarilla que recogió para ingresar en el depósito de cadáveres. Luego, cuando vio que la visita estaba dispuesta a entrar sólo con guantes, se convenció de que no podía seguir negándose.

El cadáver estaba limpio sobre la camilla después de las pruebas que le practicaron. En el abdomen tenía dos entradas de proyectil y la tercera en el tórax. Sin embargo, la agente Calderón palpó cuidadosamente la piel describiendo en susurros lo que estaba apreciando. Las evidencias del ataque a quemarropa estaban

en los grandes agujeros que había en las penetraciones de las balas nueve milímetros en el tejido. Enseguida, recorrió los contornos del cuello para comprobar que no hubo forcejeo ni estrangulamiento, removió los párpados para verificar que el humor vítreo determinara la data de muerte, examinó la anatomía desde los pies de la camilla, escrutó las manos, los dedos y las uñas para descartar indicios de lucha y observó las yemas detenidamente. Los dedos índice y pulgar de la mano derecha estaban teñidos con una sustancia roja que había sido borrada sin dedicación.

—¿Tiene los resultados de ADN?

—Están en el informe —jadeó el médico forense—. ¿Duda de mi trabajo?

—En el informe no hay aclaración sobre estas manchas rojas —volvió el rostro—. ¿Por qué?

—No es sangre. No hay indicios de lucha —declaró—. Quizá es una huella que tiene el cadáver de antes de su muerte.

Sandra Calderón tomó la mano y la movió en distintas direcciones. Cambiaba de posiciones suponiendo que los dedos estuvieron apoyados en el costado de la pierna derecha, sobre el abdomen, en la cabeza y en el pecho. A pesar de que podía formular muchas teorías, no se atrevía a confirmar.

—¿Tiene la ropa que usó el embajador?

—Llevaba pantalones negros y camisa celeste —respondió cruzándose de brazos—. No había vestimenta roja.

—¿Seguro? —La mujer arqueó las cejas—. ¿Dónde están las evidencias?

—¿Por qué no lo llevaron a Perú para la autopsia? —Se apoyó en el borde de la camilla y bajó la cara—. A Chile no le compete este trámite legal.

—El embajador murió en la Avenida Andrés Bello. Por lo tanto, la investigación debe realizarla la justicia chilena. —Clavó la mirada en el semblante pálido del médico—. ¿Dónde están las evidencias?

El forense Mendoza se apartó de la camilla cerrando los ojos y conteniendo la respiración. Caminó hacia un rincón de la sala y recogió una bolsa plástica transparente que contenía un objeto circular tricolor con rasgos de haber sido arrugado. Regresó a paso lento, mordiéndose los labios y manteniendo el semblante

a media altura. Luego, lo exhibió desafiante ante los ojos atentos de la agente Calderón.

—¿Por qué no lo mostró antes? —sentenció—: Podría acusarlo de obstrucción a la justicia.

—Hágalo —dijo el médico—. No hay solución.

—¿Usted sabe algo más?

El forense esquivó la mirada y puso la evidencia en la mano desocupada de la investigadora.

—Rojo, blanco y rojo en forma circular —susurró ella—. Esto es una escarapela.

—Todos los peruanos la usan, ¿no?

La mujer la sacó de la bolsa plástica, la revisó cuidadosamente en los bordes hasta que encontró las marcas de los dedos índice y pulgar dejando degradación en el color encarnado, la colocó en la mano del cadáver y recreó el movimiento suponiendo que el símbolo lo llevaba en el pecho. Enseguida, comprobó las arrugas que tenía tras haber permanecido empuñada por unas horas.

—Estaba muy bien protegida —tartamudeó el forense—. Tenía los dedos torcidos por la presión que ejerció para envolverla.

—Debió tener un significado especial para el embajador —dijo la agente—. Amaba a su país.

Sandra Calderón guardó la escarapela. Estaba convencida de que no podía encontrar indicios en ella. Sin embargo, un ligero gesto del médico le indicó que debía voltearla. Sin dudarlo, lo hizo lentamente tratando de comprender qué intención había detrás de la nostálgica mirada que entregaba desde los pies de la camilla.

—¿Por qué? —dijo la analista, boquiabierta—. ¿Qué significan?

—Son letras —suspiró—. No sé qué significan, pero supongo que nada bueno. Por algo lo mataron.

El forense Mendoza le dio la espalda a la investigadora, se apoyó en el mesón de utensilios y movió ligeramente su mano derecha para empuñar el bisturí.

—Me pagaron para esto —gimió—. Debía borrar las huellas. Debía colocar huellas chilenas en el cuerpo, pero no fui capaz.

—¿De qué está hablando? —Sandra Calderón se acercó conteniendo el aliento. — ¿Qué sabe usted? ¡Hable!

—No sé nada más de lo que he dicho. —Levantó la cara y arrugó los párpados—. Supongo que nada bueno habrá mañana.

La agente vio que el forense sostenía el bisturí con fuerza y que su respiración agitada y los movimientos bruscos de su rostro entorpecían su lucidez. De inmediato, desenfundó la Walter PPK y apuntó.

—Déjelo en el mesón —sentenció—. Dese la vuelta y levante las manos.

—Me vendí —lloró el médico—. Nunca pensé que lo haría.

—¿Quién lo hizo?

—Un hombre. No sé quién es —jadeó—. Vino ayer, al mediodía, y me dijo que por la noche llegaría un muerto de nacionalidad peruana. Dijo que era una persona importante, por eso debía colocar huellas chilenas en el cuerpo.

—Suelte el bisturí, por favor.

—¡No quiero seguir!

El grito detuvo los pasos de la analista, quien prefirió bajar el arma. El forense colocó el filo del bisturí sobre su cuello y lo deslizó bruscamente produciendo una hemorragia que lo desplomó al instante. Estaba quieto sobre el piso, aún respirando y escondiendo la mirada.

—¿Por qué lo hizo? —se acuclilló, auxiliándolo.

—No quiero seguir… —resolló—. No quiero…

Cerró los ojos lentamente.

Su silencio tenía precio.

Capítulo 3

El carraspeo del director de la Agencia Nacional de Inteligencia permitió a Sandra Calderón comprender que nada estaba claro. Sobre el escritorio se encontraba la escarapela envuelta en la bolsa plástica y un papel escrito con tinta roja que pretendía explicar la evidencia. No obstante, las más de dos horas que llevaban encerrados en la sala de reuniones no determinaban ningún resultado. La agente no se atrevía a hablar, jugaba con sus dedos en el borde del mueble y esperaba que su superior se arriesgara, pero él prefería la cordura, se acercaba al estante y acariciaba los archivadores buscando una respuesta.

—«Atuku'hc añxuhc añinu itsim». —El abogado leyó la escarapela con dificultad mientras alzaba los hombros—. ¿Quién puede llamarse así?

—¿Por dónde comenzamos? —Ella levantó la vista— ¿Qué significa o quién la dejó ahí?

—Debe ser un mensaje —propuso él, sentándose—. ¿Quién podría asesinar a un embajador peruano y dejar un mensaje así? ¿Quién podría perjudicar a Chile? El Gobierno de Perú está pidiendo explicaciones a La Moneda.

Sandra Calderón se levantó de la silla y caminó acomodándose la melena. Sus pasos sobre el piso flotante desconcentraban al jefe de la ANI, quien cerraba los ojos y se acariciaba las mejillas para hallar una solución. No era fácil. Llevaba más de tres años en

el puesto gracias a la confianza que el presidente de la República había depositado en él. Sin embargo, comenzaba a dudar de sus capacidades como abogado y criminalista. Por eso devolvía tenues miradas a la investigadora, como una forma de encargarle el trabajo mientras analizaba sus aptitudes.

—A mis cincuenta y dos años todo esto me supera —se restregó los ojos—. ¡No hay caso!

—¿Qué queda para mis treinta años? —Sandra regresó al escritorio—. No fue un chileno quien mató al embajador peruano. Eso está claro.

—¿Por qué? —frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—El forense dijo que le habían pagado para que pusiera huellas chilenas en el cadáver —sentenció—. Un chileno pagando para poner huellas de otro chileno. ¿Puede ser efectivo? ¿Un chileno pagando para culpar a otro chileno del asesinato de un extranjero?

—¿Qué quieres decir?

El director de la ANI se incorporó y siguió los delicados movimientos de la analista mientras paseaba de un costado a otro. Le gustaba su metodología para enfrentar las situaciones, su personalidad para asumir los desafíos y su arrogancia para imponer sus ideas. Pero eso no le quitaba los deseos de sacarla de la Agencia cuando la terquedad lo enfrentaba. Nunca había sido partidario de trabajar con mujeres, menos en un lugar que —como lo había declarado al asumir—, era exclusivo para hombres. No obstante, con el tiempo, se dio la oportunidad, pero no estaba del todo conforme y por eso se mostraba distante en ocasiones.

—El embajador murió en la calle. Por lo tanto, fue atacado dentro del recinto —Se volvió recreando los hechos con sus dedos—. Quien lo hizo, conoce la Embajada, los horarios y los sistemas de seguridad.

—El guardia estaba muerto —aportó el superior.

—¿Cuántas personas trabajan en la Embajada? —Sandra continuó paseando—. ¿Dos?

—Diez —declaró el abogado—. Pero, curiosamente, siete abandonaron el país en las últimas semanas. Sólo quedan los asistentes. Descarta al guardia.

—Dos sospechosos de nacionalidad peruana —acotó mientras repasaba el apunte hecho con tinta roja sobre el papel—. ¿Alguien sabrá qué es «Atuku'hc añxuhc añinu itsim»?

El encargado de la Agencia se encogió de hombros y esperó una respuesta de la subalterna, pero ella recogió la carpeta y la escarapela y abandonó la sala.